



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© 2022, Carlota Echevarría

© 2022, Laia Pàmpol

© De esta edición:

2023, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-515-7

Depósito legal: M-18406-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2023

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **A las tres en la selva**

Carlota Echevarría

Ilustraciones de Laia Pàmpols

loqueleg



*A mis primos*



## Prólogo

Esta es la historia del día más extraordinario que ha vivido la estación de Atocha. Un día en que la naturaleza se sublevó y el jardín tropical se renovó con una fuerza exuberante, feroz... y peligrosa.

7

Aunque todo depende de quién cuente lo que ocurrió.

Si preguntas en Madrid, la mayoría de la gente no sabrá de qué estás hablando.

Si hablas con los trabajadores de la estación de Atocha, te asegurarán que fue un día cualquiera, pero sabrás por su expresión que ocultan algo.

Para descubrir la verdad, tendrás que encontrar a Maite y Adrián, dos chicos que iban a

coger un tren para pasar las vacaciones en Calpe. O también puedes viajar a Perú, a la ciudad de Cuzco, para hablar con la familia de Francisco. Solo ellos podrán contarte la historia de la selva de Atocha.

## Charo, Atocha y la mochila de Adrián

Era un sábado de junio por la mañana, Madrid olía a verano y la estación de Atocha bullía de actividad. Los coches se movían de izquierda a derecha, indecisos, tratando de encontrar su carril, mientras los taxistas atravesaban intrépidamente la calle, llevando y trayendo viajeros.

En uno de esos taxis iban Adrián y Maite, acompañados por Charo, su tía abuela. Adrián se sentaba en el centro, porque era el más pequeño, y Charo en el lado derecho, para poder hablar con el conductor y, como decía ella, que supiese con quién estaba tratando. Maite iba contemplando el paisaje hasta que Adrián le dio un ligero codazo y señaló a Charo con la

mirada. Su tía abuela había sacado el monedero en cuanto vieron a lo lejos la estación, y llevaba desde entonces preparando el dinero para tenerlo listo cuando parasen.

—Mientras pago, salís y vais cogiendo las maletas —les pidió.

10 Maite obedeció, pero antes puso los ojos en blanco. ¡Si tenían tiempo de sobra!

Al entrar en Atocha, Maite sintió un chorro de aire acondicionado y una oleada de ilusión. Le dio un empujón cariñoso a Adrián y los dos se adentraron en la estación, bajando por la rampa que había frente a ellos.

Maite y Adrián eran primos, habían nacido con solo un año de diferencia y se llevaban fenomenal. Además, los dos eran hijos únicos, así que eran un poco como hermanos que no viven juntos y no tienen que pelearse por quién moja el último trozo de pan en la salsa. Lo mejor de dos mundos.

Iban a pasar el verano con su abuela, Mila, en la casa de Calpe. Parte del tiempo estaría

también Charo, que era hermana de su abuela, parte los padres de Adrián y, al final, los padres de Maite.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando lleguemos? —preguntó Adrián.

—¡Bañarme en la playa! ¿Y tú? Adrián lo tenía claro.

—¡Tomarme un helado de pistacho!

11

A Maite se le hizo la boca agua al pensar en la heladería que había cerca de casa.

—¡Y yo de chocolate!

El tren salía a las cinco y los llevaría hasta Alicante, donde Mila los recogería en coche. Aunque llegasen un poco tarde, sabían que lo primero que harían sería ir a la playa, porque a la abuela le encantaba bañarse cuando había menos gente. Y después de cenar seguro que bajarían a tomar un helado.

Pero para eso todavía quedaba bastante porque habían llegado a la estación con mucha antelación. ¡Faltaban más de dos horas para la salida del tren!

En ese momento, sonó el teléfono de Charo. Era su hermana, que quería comprobar que todo iba bien. Pero Charo no estaba para darle conversación a nadie.

—Esta estación es infernal, nunca sé por dónde tengo que ir —se quejó angustiada—. Me va a dar un ataque de nervios. Bueno, te dejo, a ver si consigo llevarte a estos niños. Te llamo cuando tenga un minuto de paz.

Por suerte, una vez averiguaron por dónde se accedía a su andén, Charo se relajó. Incluso accedió a esperar fuera, sin pasar todavía los controles de seguridad, para que los chicos pudiesen dar una vuelta por el invernadero.

La estación de Atocha se construyó hace ciento cincuenta años, cuando la gente no viajaba tanto como ahora, y en Madrid vivían muchas menos personas. Con el paso de los años se quedó tan pequeña que al final hubo que construir otro edificio justo al lado. El antiguo era todo de hierro y cristal, como un invernadero, y eso fue precisamente lo que decidieron

hacer con él: regalaron a los viajeros un jardín tropical.

Charo localizó rápidamente una cafetería donde podía sentarse a esperar.

—Me voy a tomar un café y un trocito de tarta. ¿Vosotros queréis algo de postre?

Los primos se apuntaron sin dudarlo. Mientras se sentaban a la mesa, Adrián no pudo evitar quedarse mirando a su tía abuela. Tenía una papada fina que se bamboleaba cada vez que se movía, como las barbillas de un gallo. Se volvió para llamar al camarero y otra vez empezó el tembleque.

Adrián apartó los ojos e intentó concentrarse en el menú. Se fijó en los precios de las tartas.

—¡Son carísimas!

Charo hizo un gesto con la mano, como apartando esa preocupación.

—Un día es un día. Además, ahora nos vamos a Calpe y allí todo es más barato —dijo con una sonrisa cariñosa—. Adrián, ¿no te quieres quitar la mochila?

—Ya he perdido dos mochilas este curso —contestó muy serio—. No quiero perder esta ni nada de lo que hay dentro.

14 Maite echó un vistazo a su familia por encima de la carta. Adrián estaba sentado al borde de la silla, con las manos en las cintas de la mochila; parecía que fuese a salir corriendo en cualquier momento. Charo respiraba con dificultad, a pesar de que no había estado de pie ni diez minutos, y tenía un gesto de preocupación que, seguramente, le duraría hasta que llegasen a Calpe. Y luego estaba ella. Quería pensar que llamaba menos la atención, pero ¿no pensamos eso todos de nosotros mismos? Se recolocó la camiseta, que le iba un poco grande, y se apretó la coleta.

Luego dirigió la mirada a las plantas y pensó que desde arriba no le habían parecido tan altas. Parte del techo estaba tapado para que el sol entrase solo por el centro, y las plantas se estiraban hacia la luz, como queriendo tocar su cielo de hierro. La gente caminaba de un lado



a otro; unos con prisa, otros hablando por teléfono, algunos angustiados, como Charo, porque no sabían dónde tenían que ir. Visto así, no estaba mal haber llegado pronto.

16 En cuanto terminaron las tartas, se levantaron para acercarse al jardín. Dejaron las maletas donde su tía abuela las pudiese ver bien, aunque, por supuesto, Adrián no quiso separarse de la mochila.

El jardín tropical estaba lleno de gente haciéndose fotos. Si Maite tuviese móvil, ellos también podrían haberse sacado una de recuerdo, pero sus padres eran gente sin compasión y estaban empeñados en que no lo necesitaba.

Charo les había dado media hora para pasear, así que Maite consultó su reloj al llegar junto a las plantas. Eran las tres en punto.